EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

LA PENA CAPITAL,

DRAMA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

LUIS BLANC.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ,—40,—2.°

1874.

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE ENERO DE 1874.

TITULOS.	Actos.	AUTORES.	Pr con
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Á gusto de la tia	1	E. Navarro	T
Amor, careta y celos	1	Usera y Lopez	
Desde el cielo	1	C. Frontaura	
Don Lesmes	1	Manuel Nogueras	
El aceite de bellotas (Monólogo)	1	R. María Liern	
El Dos de Mayo de 1808	1	L. Vazquez y M. Currros	
El diluvio	1	José Velazquez	
El elixir de la vida	1	J. Fernandez Bremon	
El libro talonario	1	J. Hayeseca	
El niño de Juanita	1	Cárlos Trigo	
El proscripto	1	Luis Blanc	
El retrato de Macaria	1	R. María Liern	
El retrato del muerto	1	José Estrañi	
El testamento del tio	1	Cárlos Trigo	
Ernestine	1	E. Blasco	
Fuego en San Ginés	1	E. Blasco	
Gloria á Bilbao	1	E. Zumel	
Infraganti	1	E. Zumel	
La filosofía del vino	1	Teodoro Guerrero	
La pena capital	1	Luis Blanc	
La primera lágrima	1	E. Jakcson Cortés	
Los espíritus	1	J. Fernandez Bremon	
Mi mujer me engaña	1	Eduardo de Lustonó	
1873 y 1874. (*Revista.*)	1	R. Valero y Llorens	
No me caso con mi tio	1	J. L. Leon y Marin	
Sermon perdido	1	Teodoro Guerrero	
Un nin de enredos	1	N. N.	
Un sí	1	Petano y Torres	
Levantar muertos	2	Ramos Carrion	
Morirse á tres dias fecha	2	E. Zamora y Caballero	
Sancho de Vargas	2	J. Aranáz	
Bernardo el Calesero	3	Luis Blanc	
El anzuelo	3	E. Blasco	
El honor	3	R. de Campoamor	
La nada entre dos platos	3	Malli y Coello	
La verdadera Carmañola	3	Luis Blanc	
Los amigos de los pobres	3	Luis Blanc	
Los aventureros	3	Luis Blanc	
No hay buen fin por mal camino	3	Mariano Catalina	
Romper cadenas	3	Luis Blanc	
Sueños de amor	3	M. Carreras y Gonzalez	
Blanca Blandini	4	E. Zumel	
El vizconde de Commarin	4	E. Zumel	

LA PENA CAPITAL.

LA PENA CAPITAL,

DRAMA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

LUIS BLANC.

Representado por primera vez y con el más lisonjero éxito en el Teatro ESLAVA en la noche del 16 de Mayo de 1874.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1874.

PERSONAJES.	ACTORES.
INÉS	SRA. LIRON.
FLORENCIO	SR. MARISCAL.
LEON	SR. CHACEL.
ANDRÉS	SR. ARAÑA.
LÁZARO	SR. MESEJO.
JUEZ	SR. ALBUIN.

Una niña y un niño de cuatro á seis años que sólo hablan dos palabras.—Alguaciles y Hermanos de la Caridad.

La accion en 867.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica, titulada El Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A RAMON MARISCAL.

Faltaría al deber de la gratitud si no estampase tu nombre al frente de esta obra, en la que tan fielmente has interpretado el pensamiento que guió mi pluma al escribirla.

Justifican mis palabras los ruidosos aplausos que en todas sus representaciones te prodiga un público entusiasmado, rindiendo justo tributo al talento del actor.

Tu amigo

Luis Blanc.

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/lapenacapitaldra00blan

ACTO ÚNICO.

La escena representa los pasillos de encierros en una cárcel, con cuartos numerados derecha é izquierda. Foro si lo permite el teatro, y si no, lateral en último término y formando saliente una puerta practicable, con rótulo sobre ella que diga: «Capilla.»

ESCENA PRIMERA.

ANDRÉS y LÁZARO, con dos manojos de llaves en la mano.

ANDRES. Terminada le requisa
un rato descansaremos.
LAZARO. Si es que nuevos habitantes
no vienen á estos encierros.
ANDRES. Abundan los delincuentes,
todos los departamentos
están cuajados.
LAZARO. Y cuántos
inocentes habrá entre ellos.
ANDRES. Muchos hay, tienes razon.
LAZARO. Este es un mundo perverso.
ANDRES. Siempre lo fué para aquel
que tiene poco dinero.
LAZARO. Cállate, quieta la lengua.
ANDRES. ¿Van á quitarme el empleo

porque diga que aquí viene
la gente de poco pelo,
esos pobretes que roban
un pan para sus pequeños,
mientras otros se pasean
con traje de caballero
y con buenas formas cubren
sus hechos de bandoleros?...

LAZARO. Pero abundan los *parnês*...
este es el mundo y laus deo. (Con intencion.)
Mientras el destino sirvas
calla y sé buen carcelero,
para lo cual es preciso
que no olvides mis consejos.
Aunque seas un tunante
debes parecer un memo,
y con la vista muy larga
mil veces hacerte el ciego.
Deja el corazon en casa
para no escuchar los ruegos,
y en tu pecho nunca abrigues
generosos sentimientos.
Que traen un inocente
y lo ahorcan... Buen provecho.
Viene luégo un criminal,
le dan suelta... viento fresco...
Para nosotros no hay lágrimas,
no hay honrados ni perversos,
sólo hay hombres, á quien guardan
las llaves en los encierros.

ANDRES. Comprendo bien lo que dices,
y sin embargo no puedo
presenciar indiferente
lo que sucede aquí dentro;
que hay presos como señores
y como esclavos hay presos.
¡Se ven cosas en la cárcel!!!

LAZARO. Calla, que te va el empleo,
en todas partes se ven
que aclaman pronto remedio,
pero de los presos nunca
se acordaron los gobiernos.

ANDRES. Escucha en el dos, se oyen
hondos suspiros.
LAZARO. El preso,
que acaso estará soñando
que le aprietan el pescuezo.
ANDRES. Tres años lleva de causa
y continúua el proceso;
han muerto su esposa é hijos,
su padre ha quedado ciego,
y en las puertas de la cárcel
llora el pobrecito viejo
y jura por la inocencia
de aquel, que ya no ha de verlo.
LAZARO. ¡Tribunales de justicia!!
ANDRES. De justicia!! Santo cielo!!
Y qué me dices del tres?
LAZARO. Que por honrado le tengo.
ANDRES. Pues por ladron y asesino
se le guarda en *el chiquero.*
LAZARO. Imposible, aquella cara...
ANDRES. Acaso será el primero
que de aquí hácia el palo salga.
LAZARO. Tendré en ello un sentimiento.
ANDRES. Pobre, en preguntar no cesa
por su esposa y por sus deudos
y delira con sus hijos.
LAZARO. Quien tiene esos sentimientos
no puede ser criminal.
ANDRES. Por tal le juzgan.
LAZARO. ¿Qué ha hecho?
ANDRES. Asesinar á un amigo
y robarle algunos pesos.
LAZARO. Hay pruebas?
ANDRES. No, plenas no,
pero el asunto está serio,
la crítica racional
le aplicarán segun creo,
y le llevará al garrote
el moral convencimiento.
LAZARO. Este no basta.
ANDRES. Lo sé;
pero hay indicios muy serios,

muy graves y tú verás
cómo fundados en ellos
vendrán los considerandos
y en capilla le veremos.

LAZARO. La regla cuarenta y cinco
ha hecho víctimas sin cuento.

ANDRES. Qué quieres, esa es la ley.

LAZARO. Oh! la ley! Andrés, callemos,
que para hablar de las leyes
no alcanzan nuestros criterios.
Cuántas veces en el mundo
las leyes son instrumentos
de miserables venganzas,
de iniquidad y comercio,
filon que tantos esplotan
como infames usureros.

ANDRES. Si al fin no se pone coto
á tan grandes desaciertos,
cual se ven al aplicar
las leyes en nuestro suelo,
que centupliquen las cárceles,
que á millares vendrán presos.

LAZARO. Para confundirse todos,
como ahora está sucediendo,
criminales y políticos
en igual departamento.

ANDRES. Áun en delitos comunes
es un grande desacierto
que no haya separacion
entre unos y otros presos.
Las cárceles como están,
son el más seguro medio
para tornar criminales
al que á ellas viene sin serlo.
(Golpes dentro.)

LAZARO. Llaman.

ANDRES. Vayamos á abrir.
¡Algun penitente nuevo! (Saliendo.)

ESCENA II.

LÁZARO.

¡Ay qué casa, santo Dios!
nadie sabe lo que hay dentro.
Desgraciado del que pasa
las baldosas de este suelo,
y desdichada familia
que al través de gruesos hierros
ve al padre, al hijo ú hermano
en este sin par infierno.
(Entra Andrés seguido de D. Leon.)

ESCENA III.

LÁZARO, ANDRÉS y D. LEON, luégo D. FLORENCIO.

LEON. Buenos dias.
LAZARO. Dios le guarde.
ANDRES. (Leyendo un oficio.)
Segun dice el mandamiento
verá usted en el momento
á don Florencio Velarde.
Aquí está.
(Introduciendo la llave en el calabozo número 3.)
LEON. Mi pobre amigo
cuánto debe padecer.
ANDRES. Ya lo puede usted creer,
de su dolor soy testigo.
(Abriendo el calabozo y dirigiendo la voz adentro.)
Pronto á comunicacion.
FLOR. Qué dice usted? (Desde dentro.)
ANDRES. Que la puerta
no puede estar más abierta.
LEON. Florencio!! (Viéndole salir.)
FLOR. Cielos, Leon!
(Arrojándose en sus brazos. Momento de doloroso silencio, retirándose los carceleros demostrando con la accion su sentimiento.)

LEON. Valor, amigo.
FLOR. ¿Y mi esposa?
¿Y mis hijos? Cómo están?
LEON. Á verte pronto vendrán.
FLOR. ¿Á esta mansion horrorosa?
LEON. Cómo ha de ser, ten paciencia.
FLOR. Qué, ¿mi causa no termina?
LEON. Á paso veloz camina.
FLOR. No han visto ya mi inocencia.
¿Despues del fallo inferior,
que en absurdos se fundaba,
la justicia no mostraba
mi abogado defensor?
¿No la vió el fiscal togado
ante aquel razonamiento?
LEON. El moral convencimiento...
FLOR. ¿Su dictámen se ha aprobado?
LEON. No sé; pero el Tribunal
y la pública opinion... (Confuso.)
FLOR. Oh! no prosigas, Leon...
me creen un criminal.
Vosotros aprovechando
este completo aislamiento,
por evitarme el tormento
la verdad me estais callando.
No lo niegues; tu semblante
te delata; si...
LEON. Florencio!...
FLOR. Es inútil: tu silencio
me lo dice claramente.
LEON. No adelantes el juicio
ni te entregues al dolor.
FLOR. ¡Dios mio, dadme valor,
porque es horrible suplicio
al encontrarme inocente,
ver como esa sociedad
me juzga con tal maldad
y me insulta impunemente!
Yo, nécio, me ilusionaba
en que otra la opinion era,
pero envuelto en mi ceguera
no ví que me equivocaba.

Ántes de haberlo sabido
y por mis penas ahogado,
por qué no espiré halagado
con la ilusion que he perdido.
Cuánto más vale morir
que ser de sus deudos mengua.
¿Por qué Dios le dará lengua
al que sabe maldecir?
Sí; que maldicientes son
los que calumnian á un hombre,
que honrado estima su nombre
más que la vida, Leon.
Yo criminal! Cielo santo!

LEON. Por Dios, Florencio, más calma.

FLOR. ¡Si se desgarra mi alma!...

LEON. Da una tregua á tu quebranto
y modera tu afliccion,
que tus hijos y tu esposa
van á llegar.

FLOR. (Con rapidez.) Presurosa
dí á Inés que venga, Leon,
con mis hijos, mi consuelo,
y de cuanto estoy penando
me olvidaré yo besando
aquellos ojos de cielo.

LEON. (Le acusan y es inocente!)
Adios, Florencio. (Abrazándole.)

FLOR. (Con cariño.) Hasta luégo.
(Váse foro Leon.)
Siento aquí voraz un fuego
que está abrasando mi mente.
Como ladron y asesino
hoy me juzga el tribunal;
á quién habré hecho yo mal
que así me azota el destino.
Á nadie, y nunca creí
que una prision mereciera!!...
¿Quién imaginar pudiera?...
Siento pasos hácia aquí.
(Saliendo de su éxtasis.)
La emocion roba mi calma
y mis afanes prolijos...

(Inés aparece con precipitacion en el forillo con sus hijos, esclamando ántes de pisar la escena:)

INES. Florencio!!...

FLOR. (Corriendo hácia ellos.) Inés! Oh! mis hijos.
Venid, pedazos del alma.
(Arrojándose en brazos unos de otros. Momentos de pausa llena de sentimiento.)

ESCENA IV.

FLORENCIO, INÉS y LOS DOS NIÑOS.

LOR. Venid á mí, ilusion querida,
amores de mis amores,
que me estais dando la vida
y cicatrizais la herida
abierta por mis dolóres.

INES. Ya por fin llegó el momento
de abrazarte.

NIÑO. Sí.

NIÑA. (Besándole.) Papá!

FLOR. Hijos mios, (Besándoles.) qué contento!
al escuchar vuestro acento
mi pena se calmará.
Sentaros, que hablar debemos,
y hablar de mi causa, Inés.

INES. Las horas aprovechemos.
¡Cuánto que decir tenemos!

FLOR. Así, junto á mí los tres.
(Se sientan acariciando Florencio á sus hijos, que se colocan derechos á la izquierda de Inés.)

INES. Di, Florencio, lo ocurrido
en la noche harto fatal
en que un amigo querido...

FLOR. Juro á Dios que yo no he sido
en mi vida criminal.

INES. No jures ante tu esposa,
que ofendes á mi cariño;
tú, una accion tan alevosa
con tu alma pura y hermosa,
con tu corazon de niño!!

FLOR. Segura de mi inocencia

estás, cual de mi pasion;
has leido en mi conciencia;
no he de dejar por herencia
á mis hijos el baldon.

INES. Ya lo sé.

FLOR. Escucha, Inés,
de aquella noche la historia.

INES. Que el mundo cuenta al revés.

FLOR. Cuenta el mundo lo que no es.
Fiel la guarda mi memoria. (Momento de pausa.)

. . . . . .

En el cuarto de un actor
de todos muy conocido,
se hallaba Diego Amador
con un reputado autor
y un poeta distinguido.
Las once apenas marcaba
el reloj cuando llegué;
allí donde el arte estaba,
donde del arte se hablaba
y entre artistas me senté.
Del teatro todos salimos
al terminar la funcion:
al salir nos despedimos,
y Amador y yo partimos
en la misma direccion.
Al cruzar calle del Prado,
alegre me dijo Diego:
hoy he sido afortunado,
que en dos horas he ganado
veinte y tres onzas al juego.
Difícil es conservarlas
si las guardo en mi poder;
hazme el favor de aceptarlas,
y en nuestra cuenta abonarlas,
que más te soy en deber.
Antes cubre, dije yo,
algun otro compromiso;
y entre los dos se entabló
la lucha de sí y el no;
y al fin cedí, fué preciso.
Al jugador critiqué,

tuvimos larga refriega,
nos despedimos; continué
por mi calle, y él se fué
por la de Lope de Vega.
Seis pasos no había andado
al separarme de Diego,
cuando un hombre bien portado
me pidió con mucho agrado
para un cigarro, fuego.
Y ántes de haberle encendido
yo esperando de él enfrente,
un acento dolorido
llegó horrible hasta mi oido! ..
¡acento que aún hoy lo siente!
Dejo aquel hombre encendiendo,
rápido vuelvo la esquina,
escucho una voz pidiendo
socorro, y á un bulto viendo
que en la pared se reclina.
Llego hasta él: ¡triste suerte!
conozco á Diego Amador,
que presa ya de la muerte
en mis brazos queda inerte
desgarrándome el dolor.
Sobre la acera le tiendo,
pido auxilio, nadie viene,
voy á buscarle corriendo,
y un sereno apareciendo
en la calle, me detiene.
Alto! me dice gritando:
¿á dónde va usted? Yo corro,
mejor dicho, voy volando,
que allí hay un hombre espirando
y necesita socorro.
Y en tanto al sereno hablaba
su pito hacía él sonar;
con rigor me apostrofaba
y hácia Diego me empujaba
mis quejas sin escuchar.
La autoridad acudió,
tambien acudió la gente,
ensangrentado me vió

y asesino me creyó
estando tan inocente.
Dije mil veces quién era,
de Diego amigo leal,
que armas en mí nadie viera,
y cuando hablaba, en la acera
se halló un agudo puñal.
Desgarrado el corazon
protesté, pero en desierto:
atado y sin compasion
para llevarme á prision
me separaron del muerto.

INES. Tu relato me entristece
y despedaza mi alma.

FLOR. El recuerdo me enloquece
y á recobrar me parece
que no volveré la calma.
Á describir tal dolor
que aún me envuelve en densa bruma,
no alcanza, no, el orador,
ni el pincel de un gran pintor,
ni la más brillante pluma.
Porque ciertas emociones
se sienten, mas no se explican,
conmueven los corazones,
exaltan sus pulsaciones,
y las penas centuplican.

INES. Florencio, por Dios, paciencia,
que con criterio imparcial
al conocer tu inocencia,
con la más recta conciencia
te juzgará el tribunal.

FLOR. Dios te escuche, Inés querida.

INES. Tengo en él mis ojos fijos.

FLOR. Y yo en mi alma honda herida.

INES. No llores la fe perdida
mientras existan tus hijos.
Á tus jueces hoy veré:
inundada por mi llanto
tu relato contaré.
y no en vano pediré
alivio á nuestro quebranto. (Levantándose.)

FLOR. Esa misma relacion
ya la conocen los jueces,
pues con mayor extension
consta en la declaracion
que he repetido cien veces.

INES. Ya he tenido el gran consuelo
de abrazarte.

FLOR. (Con sentimiento.) Adios.

LOS NIÑOS. (Abrazándole.) Papá...

FLOR. Adios, mis hijos, mi cielo; (Besándolos.)
á pisar aqueste suelo
no volvais más, no.

INES. Quizá
te escuche la Vírgen Madre.

FLOR. Pues yo no puedo evitar
que horrible pena taladre
á este corazon de padre
que tanto os sabe adorar.
No volvais á esta morada,
y perdonadme los tres
mi obstinacion prolongada
en no veros; desolada,
ay, lloraba mi alma, Inés.

INES. Adios, mi Florencio.

FLOR. Adios.

INES. No te aqueje la impaciencia;
vive...

FLOR. (Con desesperacion.) ¡Sí!

INES. (Presentándole sus hijos.) Para estos dos...

FLOR. Inés! (Con ternura.)

INES. Que de mí irá en pos
la divina Providencia.

(Despues de una escena muda, llena de sentimiento, en que se abrazan los esposos y los niños, salen éstos con Inés.)

ESCENA V.

FLORENCIO, mirando al foro, por donde salió su familia.

Perla cual ninguna hermosa,
sin ejemplo corazon.

honrada y sin par esposa,
madre tierna y cariñosa,
modelo de perfeccion,
si el Supremo puso en tí
levantados sentimientos
y forma de Querubí,
cómo te azota hoy así,
con tan horribles tormentos?
(Aparece Andrés en el foro.)

ESCENA VI.

FLORENCIO y ANDRÉS.

FLOR. ¿Quién va?
ANDRES. (Entrando.) Soy yo, don Florencio.
Ánimo y penas al agua;
qué diablo, por fin ha visto
á su familia adorada.
FLOR. Mi resolucion cambié,
pues decidido me hallaba
á que mi esposa y mis hijos
no pisáran esta casa;
pero no variaré así,
sea ó no larga mi estancia
respecto á cambiar de sitio;
mientras viva en esta jaula
permanecer quiero aquí.
ANDRES. Su manía es respetáda.
FLOR. La sociedad de la cárcel,
francamente, no me halaga,
pues aunque hay personas dignas,
hay tambien mucha canalla.
ANDRES. (Con intencion.)
¿Qué le cuentan del proceso?
FLOR. Es un misterio mi causa,
mas sin embargo, yo creo
que mi inocencia está clara,
y el tribunal habrá visto
mi honra pura y sin mancha.
ANDRES. Sí, muy pronto lo sabremos;
se sentenció ayer la causa

ya en definitiva.

FLOR. (Con gran sorpresa.) Cielos!
Oh! y nadie me ha dicho nada!
Ni aun la misma Inés sabía!...

ANDRES. (Por qué hablé ni una palabra?)

FLOR. Dios ilumine á los jueces
y á mi sufrir ponga tasa.
Ser Supremo, tú que lees
en el corazon y el alma,
haz que á la inocencia incline
la justicia su balanza.
(Aparece por el foro el Tribunal, deteniéndose mientras dice Florencio los siguientes versos.)

ANDRES. Gente llega.

FLOR. Yo á mi encierro,
que me matan las miradas
de muchos que sólo vienen
á visitar estas casas
para distraerse viendo
al que sufre en la desgracia.
(Se dirige á la puerta de su encierro á tiempo que avanza el Tribunal precedido de Lázaro.)

ESCENA VII.

DICHOS, LÁZARO y el TRIBUNAL, formado del JUEZ, ESCRIBANO y dos ALGUACILES.

LAZARO. Don Florencio! (Llamándole.)

FLOR. (Deteniéndose en la puerta.) Vive el cielo!
¿Quién me llama?

ANDRES. (Con doloroso acento.) El Tribunal!

FLOR. (Mirando al foro.)
Oh!... es verdad, no entendí mal!
Me traerá el dulce consuelo
que alivie mi triste suerte,
me dará la paz al alma,
ó me robará la calma
en los brazos de la muerte,
en un cadalso espirando
cual asesino y ladron?
Oh! aparta, extraña vision!

Deliro ó estoy soñando? (Transicion.)
Limpia se halla mi conciencia.
(Avanza hácia el Tribunal y exclama:)
El Tribunal puede hablar.

JUEZ. Le viene á notificar
de su causa la sentencia.

FLOR. Cual la fórmula ordinaria
considerandos omitan;
leerlos no necesitan
pues conozco la sumaria.

JUEZ. ¿Y si la sentencia es tal?...

FLOR. Saberla pronto es mi anhelo,
que há dias lo pido al cielo.

JUEZ. (Despues de un momento de pausa,)
Es... la pena capital.
(Aparecen foro, cuatro Hermanos de la Caridad con el distintivo que usen en el país donde se represente. Florencio, manifestando la mayor sopresa, exclama:)
Oh!... qué han dicho? ¡un imposible!
Yo... sentenciado á morir...
Que me equivoque decir,
decirlo, que esto es horrible.
(Se recomienda al actor la expresion de sentimiento en Florencio, que presa de la mayor desesperacion y asiendo á los dos carceleros, colocándose en medio de ellos continúa.)
Venid á escuchar los dos,
decidme, si el fallo es cierto,
si Dios me vió á mí y al muerto,
¿por qué se calla ahora Dios?
(Momento de pausa.)
Si esparce do quier la luz
de su justicia divina,
por qué al hombre no ilumina
y por qué murió en la cruz?
Si amparo es de los que gimen
con su infinita bondad,
hoy por qué á la sociedad
le permite un nuevo crímen?
(Avanza al proscenio y eleva una mirada al cielo.)
Por qué al oir tal sentencia

deja en su error á los Jueces?
De qué sirvieron mis preces?
En dónde estás, Providencia?
¿En dónde que no te veo?
Deja tu poder sentir! (Ttransicion.)
Cielos, que voy á morir!...
y no puedo ser ateo!
No, que soy padre y esposo!
hijos de mi corazon!...
(Hincando una rodilla en tierra.)
¡Vírgen María, perdon!
Perdóname, Dios piadoso!
(Transicion. Levantándose.)
Si hoy la inocencia no brilla
resplandecerá mañana.
Desdichada raza humana!
Señores, á la capilla.
(Con resolucion é internándose en ella precipitadamente, seguido de los Hermanos de la Caridad, mientras el Tribunal desaparece por el foro.)

ESCENA VIII.

ANDRÉS y LÁZARO.

ANDRES. Con la fe de un buen cristiano
que adora la caridad,
y compasivo y humano,
ve en el prójimo á su hermano;
si he de decir la verdad,
ninguno me ha hecho sentir
lo que hoy siento por el reo
que se prepara á morir.
LAZARO. Á mí me abruma el sufrir,
porque inocente le creo.
ANDRES. Malditas coincidencias.
LAZARO. Su muerte es una maldad.
ANDRES. Producto de esas sentencias
que dictan las exigencias
de la culta sociedad.
Sociedad que vaga errante
en el mal sus ojos fijos,

y con delirio constante
fiera devora anhelante
como Saturno á sus hijos.
Sociedad harto fatal
en sus hechos inconsciente,
que predica la moral
y castiga al criminal
tornándose en delincuente.
Sociedad sin corazon
que al cristianismo hace falso,
pues no admite la razon
ni la santa religion
junto á la cruz el cadalso.

LAZARO. Que al pueblo desmoraliza
en lugar de corregirle.

ANDRES. Con él se familiariza.

LAZARO. El efecto esteriliza
de la ley.

ANDRES. Á suprimirlo
tiende ya la ilustracion,
cual tiende la humanidad,
que es un crímen, un baldon
para una libre nacion
semejante iniquidad.

LAZARO. El acto es más que afrentoso
y destroza el alma mia,
viendo aquel cuadro horroroso
que un pueblo mira gozoso
tornándole en romería.
Y este espectáculo viendo (Con ironía.)
el pueblo se va ilustrando,
sus defectos corrigiendo,
de tal manera aprendiendo,
junto al suplicio robando.

ANDRES. Suplicio! afrenta cruel
que estinguirla es necesario,
haciendo con mano fiel
reforma completa en el
sistema penitenciario.

(Aparece Inés precipitadamente por el foro.)

ESCENA IX.

DICHOS é INÉS.

INES. Os ruego llameis al punto
á mi esposo don Florencio,
soy su esposa y noticiarle
pronto su perdon deseo.
(Los dos manifiestan su alegría.)

LAZARO. Su perdon!

ANDRES. Oh! qué alegría,
señora!

INES. Presto.

ANDRES. (Deteniendo con la accion á Inés.)
Un momento.

LAZARO. (Corriendo hácia la capilla y gritando:)
Perdon!

VOCES (Dentro.) Perdon.
(Sale Florencio precipitadamente con el escapulario pendiente del cuello y seguido de los Hermanos de la Caridad.)

FLOR. (Al salir.) ¿Qué escuché?

INES. Perdonado. (Lanzándose en sus brazes.)

FLOR. Inés! (Con la mayor alegría.)

INES. (Id.) Florencio.
Mas qué veo! ¿es la capilla?
(Con grande asombro.)

FLOR. Mi inocencia no creyeron.

INES. Vírgen de Misericordia!!

FLOR. Pero dime, ¿á quién debemos
la vida que me has traido?

INES. Primeramente al Supremo,
luégo al Jefe del Estado
de acuerdo con el gobierno.

FLOR. Es decir, no á la justicia,
sino al favor que no quiero.
Se me indulta, no me absuelven,
la infamia sobre mí llevo,
como ladron y asesino...

INES. Sufre y calla.

FLOR. No.

INES. Florencio!
que más tarde ó más temprano
quedará tu honor ileso.
FLOR. Pero en tanto no suceda,
Inés, vivir yo no puedo,
que ántes que existir sin honra
quiero que me llores muerto.
Soy inocente y honrado,
por testigo pongo al cielo,
y cual criminal me indultan,
pues bien, el perdon desprecio.
(Con la mayor energía.)
INES. Acuérdate de tus hijos.
FLOR. Porque los amo prefiero
á los patios de un presidio
la fosa de un cementerio.
(Dirigiéndose al foro y abriéndose paso por entre los Hermanos y Carceleros, que le detienen.)
Á la capilla!
ANDRES. Imposible.
INES. (Arrojándose en sus brazos.) Florencio!
LAZARO. Acatar debemos
el perdon que vuestra esposa...
FLOR. Yo os juro que al mismo tiempo...
(Continuando en sus esfuerzos por volver á la capilla.)
INES. Por Dios, atiende á tu Inés!
FLOR. He de ser verdugo y reo.
INES. Por tus hijos que te adoran!
FLOR. Á la capilla!
INES. (Desesperada.) Florencio!
(D. Leon entra foro con la mayor alegría y precipitacion y dirigiéndose á Florencio exclama.)

ESCENA X.

DICHOS, DON LEON.

LEON. Á mis brazos.
INES. (Asombro general.) Don Leon!
LEON. Reine doquier la alegría,
yo no te traigo el perdon.

FLOR. Qué traes?
LEON. (Con satisfaccion.) La absolucion.
FLOR. Será cierto?
INES. (Con el mayor placer.) Madre mia!
LEON. Vuelves á ser el honrado,
pues los autores del crímen
por el que te han sentenciado
su delito han confesado
y ya en el encierro gimen.
FLOR. Gracias.
INES. Oh! Dios de bondad!
LEON. Todo al fin lo ha descubierto
la feliz casualidad,
y hoy verá la sociedad
cómo resucita un muerto.
FLOR. Y como las apariencias
nunca pueden ser bastantes
á tan graves consecuencias,
que las dormidas conciencias
nos presentan cada instante.
Muchos pena capital
sufrieron, porque así plugo
al error de un tribunal;
castíguese al criminal
pero no con el verdugo.

FIN DEL DRAMA.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

ZARZUELAS.

os de pega.....	1	R. María Liern.....	Libro.
an y Don Ramon.....	1	Usera y Lopez y Schænbrunn.....	L. y M.
ramas.....	1	Portero y Segura.....	L. y M.
de bellotas (Monólogo).....	1	R. María Liern.....	L. y M.
ia.....	1	N. Serra y Bengoechea.....	L. y M.
á morir te saluda.....	1	Belza y Balart.....	L. y M.
to Lozano.....	1	Hurtado y Nuñez-Robres.....	L. y M.
tidores.....	1	N. Serra y Carrer s.....	L. y M.
s cielos.....	1	N. Serra y Beng chea.....	L. y M.
guerrillas.....	1	Manuel Nieto.....	Música
España.....	1	Altadill y Fosa.....	L. y M.
de Fulano.....	1	Amalfi y F nandez Caballero.....	L. y M.
es de Mañara.....	1	Guiller o Cereceda.....	Música
Veterano.....	1	Liern y Monfort.....	L. y M.
no en la Habana.....	1	Leopoldo Palomino de Guzman....	Libro.
ero de Ricla.....	3	Belza y Gabriel Balart.....	L. y M.
ion de amor.....	3	A. Hurtado.....	Libro.

jado de pertenecer á esta Galería la comedia en un acto de D. Eduardo titulada: *Por un descuido*, y la música de las zarzuelas en un acto del setti, tituladas: *El cuerpo del delito; El padre de mi mujer*; *Un prision*, y *Un jaleo en Triana*, así como las siguientes obras del señor de los Herreros: *Por una hija*, comedia en un acto, *Al pie de la uando de cincuenta pases, El abogado de pobres, Elvira y Leandro, s amigos, La hermana de leche, La hipocresía del vicio, Los sentidos es, María y Leonor*, y *Mocedades*, comedias en tres actos, y el libro de ela en tres actos, *Cosas de D. Juan*.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9,

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.